

# LA LUZ DEL PORVENIR.

## Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

## REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

## Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—Advertencia.—¿Cuánta luz hace falta!—La caridad.

## ADVERTENCIA.

Con harto sentimiento nuestro, tenemos que advertir á los correspondientes de LA LUZ, tanto de la Península como de Ultramar, que entre unos y otros, nos adeudan más de *mil trescientas pesetas*, y con déficit semejante, no podemos continuar la publicacion de nuestra humilde revista.

Esperamos pues, que se apresurarán á remitirnos lo que nos deben, para no tener que interrumpir la tirada semanal que hacemos de LA LUZ, lo que sentiríamos muchísimo por amor á nuestro credo filosófico, del cual LA LUZ es un órgano útil, cuanto por que no deben pagar justos por pecadores, privando á los suscritores que han pagado, de los números que le pertenecen

## ¿CUANTA LUZ HACE FALTA!

### I.

Siempre hemos creído que la ignorancia era la plaga más horrible que podia caer sobre la humanidad. De un ignorante se hace un malvado, un dócil instrumento de aquellos que hacen el mal ocultos en la sombra. Solo los verdaderos ignorantes son los grandes criminales, porque no calculan que el mal sembrado dá á su tiempo abundante cosecha de calamidades. No hay ningun delito que quede impune; cuando la justicia ordinaria no lo castiga, la conciencia del culpable se levanta aterrorizada, y ella misma grita, ¡yo soy el asesino!... y así como de la ignorancia se pueden esperar todos los crímenes, de igual manera sirve de base indestructible al fanatismo religioso, que ha ocasionado las guerras más crueles y los abusos más deplorables en todos sentidos.

Por el fanatismo religioso se han desunido innumerables familias; por él, la joven alucinada y enloquecida abandona su tranquilo hogar para refugiarse en un claustro sin cuidarse de sus padres, ni devolverles en su ancianidad los tiernos cuidados que aquellos le prodigaron en su infancia. Por el fanatismo se cometen mil torpezas y se llevan á efecto actos que á nada conducen que de provecho sea.

Estas reflexiones nos las ha sugerido lo siguiente. Ibamos en el tranvía de San

Gervasio, y nos llamó la atención una mujer joven aún, de rostro agradable, de dulce mirada, reflejando su semblante una íntima satisfacción; llevaba un lujoso traje de menestrala, consistiendo éste, en un vestido negro de granadina muy adornado con encajes de igual color, rodeaba su cuello una pañoleta de raso blanco con un precioso fleco rizado; cubriendo su cabeza un lindísimo pañuelo de rica seda blanca, sembrado de flores y pájaros de variados colores, orlado con una puntilla finísima de color del marfil.

La acompañaban varias mujeres, una de ellas iba vestida con una especie de sayal negro y un pañuelo de luto á la cabeza, oprimiendo contra su pecho dos grandes cirios. Esta mujer nos hizo pensar un largo rato, porque su rostro revelaba un dolor inmenso y al mismo tiempo una mística y beatífica satisfacción. A lo mejor ponía los ojos en blanco, miraba al cielo y se quedaba como en éxtasis; cuando le hablaban parecía que se despertaba de un profundo sueño, tomando su semblante la expresión natural de los habitantes de la tierra. Aunque nosotros no estamos muy duchos en conocer á los que están obsesados, nos pareció que aquella mujer estaba dominada por un espíritu que se complace en hacer alardes de devoción que no son necesarios; porque para pedir á Dios misericordia, no se necesita hacer gestos y visajes delante de personas extrañas y mucho menos en un coche del tranvía.

Antes de llegar á la iglesia de la *Bona Nova*, la mujer enlutada, dirigiéndose á la joven que iba tan bien vestida, la dijo:

—Magdalena aquí nos hemos de bajar.

—Si van á la iglesia aun están lejos, les contestó el conductor.

—Pues por lo mismo queremos bajar, dijo la enlutada mirando al cielo, porque hemos de andar ese camino descalzas; y con aire de triunfo bajaron las dos mujeres para emprender aquella caminata sin zapatos ni medias.

Como aquel episodio nos interesaba preguntamos á un joven que iba con ellas y que se quedó en el coche en unión de las otras mujeres.

—¿Hemos entendido mal, ó van á subir la cuesta descalzas?

—Una de ellas nada más; Magdalena que ha estado á la muerte y le prometió á la Virgen una misa, dos cirios y subir la cuesta descalza si la salvaba la vida.

—¿Y la Virgen despues de tan halagüeña promesa se la salvó?

—Si, señora.

—Siempre que no vuelva á ponerse mala (objetó otra mujer), porque estando en la convalecencia hacer esa caminata, tomando ese sol que abrasa sin una mala sombrilla y pisando sobre fuego... lo que es yo... la verdad, no me exponía.

—Hace Vd. bien de no expenèrse, replicó el joven con marcada acritud, porque V. no es como Magdalena; á ella, yo le juro, que le parecerá muy corto el camino.

## II.

A cuántas consideraciones se presta lo que hemos referido; no somos nosotros de los que dicen: Abajo los templos y prívase de su modo de vivir á los sacerdotes, no; la libertad de cultos para nosotros es sagrada, y deben respetarse todas las religiones sin molestar en lo más leve á los creyentes en el ejercicio de sus ceremonias; pero esto no es un óbice para que lamentemos esas manifestaciones de los fanáticos que no son útiles para nadie ni para ellos mismos.

Por la ley higiénica, á una mujer convaleciente de una gravísima enfermedad, débil por lo mucho que ha sufrido, no puede serle provechoso andar un largo trecho sin zapatos ni medias, pisando arena caldeada, por los abrasados rayos del sol, á las doce de un día calurosísimo del mes de Agosto, sin que una sombrilla resguarde su cabeza de los rayos solares y para descanso permanecer de rodillas todo el tiempo que dura una misa solemne.

¿Puede esto ayudar á la curacion de quien ha estado á las puertas de la muerte? No, es totalmente imposible; su alma podrá estar muy satisfecha, pero su cuerpo se resentirá del esfuerzo que ha tenido que hacer, lo sabemos por experiencia.

Recordamos que hace algun tiempo nos entregaron una cantidad de dinero para una familia que estaba en la mayor miseria, y uno de sus miembros gravísimamente enfermo, y nosotros con una fé inmensa en la buena obra que íbamos á hacer, apesar de estar muy delicados de salud, emprendimos un corto viaje en un dia de verano para entregar á la familia necesitada lo que para ella nos habian dado, plenamente convencidos que nuestra buena intencion nos salvaria de una recaida en nuestra dolencia.

Tranquilo y gozoso quedó nuestro espíritu al cumplir su cometido; pero al regresar de nuestro viaje, nos sentimos fatigadísimos, recrudeciéndose nuestra enfermedad con nuevos bríos, lo que nos contrarió en gran manera, y nos hizo preguntar á un espíritu lo siguiente:

«Cómo siendo nuestra intencion tan buena, como al hacer una obra de caridad, Dios ha permitido que en premio de nuestros afanes suframos agudos dolores? no nos lo explicamos.»

—«Pues es muy fácil su explicacion, (nos contestaron,) Dios no quebranta ninguna de sus leyes, así es que no puede asociarse á quien las quebrante. Os voy á poner un ejemplo: si á una máquina de vapor que tiene veinte caballos de fuerza, la haceis funcionar como si fuera un motor de doble potencia, ¿qué sucede? la esplosion, no se hace esperar; pues bien, si á un cuerpo enfermo le exigís que preste iguales servicios que un organismo sano y robusto, necesariamente tendrá que caer al terminar su jornada.»

«Podrá el espíritu dar un paso en la senda del progreso por su abnegacion, por sus sacrificios, por su inmenso amor á los necesitados, podrá estar satisfecho de sí mismo, sin que esto le evite contemplar á su cuerpo mal parado y mal treche por haberle obligado á duplicar su fuerza cuando necesitaba que no le hubieran dejado gastar más que la tercera ó cuarta parte de la que poseía, para ir recobrando cuanto habia perdido en las crisis sucesivas de su enfermedad.»

«Sobre toda la fé, sobre todas las obras de caridad, sobre todos los actos heroicos y los sacrificios de los mártires, están las leyes de la naturaleza que son como Dios, inmutables y eternas.»

Esto dijo el espíritu, y dijo una gran verdad, por eso nosotros al ver aquella mujer jóven y bella, con las huellas del sufrimiento en sus dulces ojos, notándose en todo su sér, algo de ese decaimiento especial que dejan tras de sí las enfermedades agudas: al verla bajar del coche para esponerse á una recaida casi cierta, digimos con melancolía; ¡Cuánta luz hace falta! Si el que va hacer una obra de caridad que indudablemente debe ser lo más grato á los ojos de Dios, si ese no se salva de empeorar su cuerpo cuando le obliga á funcionar con doble fuerza de la que en realidad tiene, de igual manera deberá resentirse el organismo de aquel que ejecuta un acto que no es útil ni provechoso á nadie más que al interés mezquino del cerero que vende los cirios, y del cura que cobra su importe de la misa; y para demostrar á Dios su gratitud, estos medios son tan pobres y tan absurdos, que parece mentira que en el último tercio del siglo XIX se le rinda culto á Dios ofreciéndole el cansancio del cuerpo y el oscurantismo del alma.

¡Cuánto más útil, cuánto más provechoso hubiera sido que todo el dinero empleado en cirios, misa y carruage, lo hubiesen entregado á una pobre viuda rodeada de tiernos hijos, pidiéndole éstos pan con la insistencia del hambre! ¡Qué atrasada está aún la humanidad y cuanto nos duele su atraso!

III.

«Haces bien de lamentarlo, (nos dice un espíritu) por que esas existencias dominadas por el fanatismo religioso son ceros sin valor en la suma de los siglos. Yo lo sé, yo puedo hablar por experiencia, yo he sido fabulosamente rico en varias encarnaciones sucesivas, tuve pueblos, castillos, señoríos, en los cuales ondeaba la enseña de mis mayores, encarné en la misma familia repetidas veces, porque todas sus generaciones me fueron simpáticas por sus tendencias religiosas, en aquella serie de existencias improductivas siempre fuí educado por las primeras dignidades de la iglesia romana.»

«Empleé mis tesoros en levantar soberbias Abadías, adornando sus anchurosos templos con las maravillas del arte, imponiendo á mis numerosos colonos crecidos impuestos sobre las reatas que debian entregarme, para tener más oro que emplear en las fundaciones religiosas; creyendo firmemente que tenia mi sitio preparado á la diestra de Dios Padre, ¡quién me digera que solo una buena obra que hice en la tierra en mi última existencia, me valió no estar solo en el espacio con mi desesperación, pues apesar de mi ceguedad y de mi fanatismo, llegó un dia que la venda cayó de mis ojos, pero no adelantemos los sucesos y contemos las cosas desde su principio.»

«Iba yo una tarde por el campo preocupado con asuntos políticos relacionados con la iglesia, cuando ví á una pobre mujer con un niño en brazos, escualida y cadavérica la primera, diminuto y enflaquecido el segundo; al verme se detuvo preguntándome con voz débil.»

—«Señor; ¿me queréis decir si estoy aún muy lejos del Cristo del Monte?»

—«Aún tienes que andar más de una hora.»

—«¡Dios mio! ¡qué vá á hacer de mí! y la pobre mujer comenzó á sollozar con el mayor desconsuelo.»

«Por primera vez en mi vida me sentí conmovido, preguntándole con interés:»

—«¿Por qué lloras? ¿qué te aqueja?»

—«¡Ay! señor... lloro, porque mi desgracia es muy grande; á mi marido lo mató un rayo, yo de resultas del susto enfermé gravemente, me siento morir, no tengo á nadie en el mundo y queria entregar á mi hijo al Cristo del Monte, pero está tan lejos... que temo quedarme en el camino, y mi pobre hijo ¡qué será de él! sino se puede valer por sí solo... y la infeliz lloraba como lloran las madres que saben amar al fruto de sus entrañas.»

—«No te aflijas, mujer, le dije con acento compasivo. Si el Cristo del Monte está muy lejos, uno de mis castillos está muy cerca, y en el encontrarás un lecho para morir y una cuna para tu hijo donde dormirá tranquilo bajo el amparo de la caridad.»

—«¡Bendito seas, señor! el mismo Cristo del Monte os ha enviado á mi encuentro, llevadme á vuestra casa, señor, que me siento morir.»

«Y efectivamente, la infeliz no mentia, quiso acelerar el paso y un golpe de tos la obligó á detenerse, y el niño se le hubiera caído de los brazos si yo no lo hubiera recibido en los míos.—Apóyate en mí, la dije, y la moribunda se apoyó en mi brazo pero sus miembros inferiores se doblaron negándose á sostenerla y se dejó caer diciendo:—No puedo más, señor, no puedo más, dejad que bendiga á mi hijo!.. y con acento solemne poniendo su diestra sobre la frente del niño exclamó: ¡Bendito seas, hijo mio! si Dios vida te concede, sirve de escudo á quien hoy te ampara, deja tú de comer, deja de beber para calmar su hambre y su sed, si un dia tiene hambre y no encuentra pan, si un dia tiene sed, y en las fuentes del mundo no hay agua para él, sé tú su lámpara que nunca se apague para que alumbres su camino si llega á perderse una noche en las tinieblas de un bosque virgen. ¡Hijo!... ¡hijo mio!... ¡bendito seas!»

«La moribunda quedó en una especie de éxtasis; yo mientras tanto no sabia lo que pasaba por mí. Por primera vez en mi vida derramé lágrimas, y con religioso respeto cerré los ojos de aquella infeliz, que murió como mueren los justos; abrigué á su hijo con mi capa, apresuré el paso y llegué á mi morada dando las órdenes convenientes para que fueran á recoger el cadáver y lo trajeran á la capilla del castillo donde se le tributaron honras fúnebres dándole decorosa sepultura.»

«Al niño, que contaria dos años, lo puse en mi misma cámara, prodigándole paternales cuidados, cinco dias sobrevivió á su madre, y al terminar el quinto, á la misma hora que aquella murió, dejó de existir el niño, único sér que me hizo sentir en la tierra, lloré por él con verdadero sentimiento, me pareció un mal presagio que me dejara quien me debia servir de escudo, segun el deseo manifestado por su madre; y dominado por un vago temor le coloqué en el panteon de mis mayores, quise que sus restos descansaran junto á los míos, pareciéndome que de aquel modo me serviría de escudo si algun obstáculo hallaba en mi tránsito desde la tierra al cielo.»

«¡Cuán cierto es que el alma presiente algo desconocido!... algo que no se explica, algo que no comprende, pero que sin embargo vibra en su sér.»

«Los pocos años que sobreviví á la madre y al niño, mi pensamiento se complacia muchas veces en evocar el recuerdo de ambos, encontrando dulce calma junto el sepulcro de la madre, y dentro del panteon que encerraba al hijo.»

«Caballero profeso de una orden religiosa, no me pude crear familia, y al dejar la tierra, exhalé mi último suspiro entre altas dignidades eclesiásticas que me ayudaron á bien morir, rezando rutinariamente oraciones en latin.»

#### IV.

«Cerré los ojos del cuerpo y quedó sin luz mi alma durante mucho tiempo, y grande fué mi asombro, cuando al darme cuenta que vivia me encontré en un desierto inmenso y me ví envuelto con mi hábito de la orden de Montesa, pisando un suelo arenoso, sin que una planta, sin que un arbusto alterara la monotonía de aquella interminable llanura. Un cielo de color plomizo servía de techumbre á aquel suelo estéril y no podia darme cuenta del estado en que me encontraba.»

«Comencé á recordar el cielo católico con su trono de luz á cuya derecha tenia yo mi sitial comprado á buen precio con las sumas cuantiosísimas empleadas en levantar Abadías, en fundar congregaciones religiosas y en enviar misioneros á tierra de salvajes.»

«¿Dónde estaba mi sitial de oro?»

«¿Dónde los ángeles entonándome alabanzas?»

«¿Dónde el Eterno Padre tendiéndome su diestra?»

«¿Dónde el goce inefable del sér proclamado justo y adorado como santo impecable?»

«¿Dónde aquella dicha ganada con mi abstinencia en los goces y apetitos de la carne?»

«¿Dónde mi cuerpo luminoso y mi corona esplendente?»

«¿Dónde las maravillas de la gloria?»

«¿Dónde las rosas de embriagador perfume?»

«¿Dónde las fuentes de néctar divino?»

«¿Dónde, dónde estaban? si sólo veía un mar de arena y un cielo plomizo con la débil claridad del crepúsculo vespertino? Miraba en todas direcciones y en todas partes hallaba el mismo horizonte velado por densa bruma.»

«¿Cómo estás? me pregunté, ¿vives? sí; estás vivo por que tienes conciencia de tí mismo; ves tu hábito, ves lo que te rodea, recuerdas lo que has sido y las promesas

que te hicieron; ves en tu mente tus pajes, tus soldados, y tus apuestos caballeros; resuena en tus oídos el oficio de difuntos que cantaron ante tu cadáver, ves á éste mismo, dentro de marmórea sepultura, tú has vivido muchas veces rodeado de grandeza: ¿porqué te encuentras perdido en un desierto? ¿es quizá que no salí purificado de la tierra? ¡Ah! qué ideal... qué recuerdo viene á reanimar mis abatidas fuerzas, veo mis campos cubiertos de diversos sembrados, es una tarde de otoño, ¡qué hermosa tarde! en medio de la verde llanura hay una mujer que llora contemplando á un tierno niño.»

«Yo enjuagué sus lágrimas y estreché entre mis brazos al hijo de la mujer desolada, y ésta bendijo al fruto de sus entrañas, diciendo: «¡Bendito seas, hijo mio, si Dios vida te concede, sirve de escudo á quien hoy te ampara, deja de comer y de beber para calmar su hambre y su sed, si un dia tiene hambre y no encuentra pan, si un tiene sed, y en las fuentes de mundo no hay agua para él; sé tú lámpara que nunca se apague para que alumbrés su camino si llega á perderse una noche en las tinieblas de un bosque vírgen.»

«Pues bien, ha llegado la hora, niño que abrigué contra mi pecho, sítveme de escudo. Tengo hambre y la esterilidad me rodea, tengo sed y no hay en el ambiente ni una gota de rocío; estoy perdido no en un bosque vírgen, pero si en un desierto donde no se encuentran las huellas del hombre. ¡Qué va á ser de mí!... Y me humillé en el polvo llorando amargamente, temblando ante una vida desconocida para mí, en la cual entraba bajo tristes auspicios; más no duró largo tiempo mi desconsuelo, una mano pequeña y suave acarició mi rostro, unos labios húmedos se apoyaron en mi frente, unos brazos amorosos rodearon mi cuello y una vocecita infantil resonó en mis oídos con la mayor ternura: «Me has llamado y aquí me tienes; mi cuerpo te servirá de escudo porque un dia me estrechaste contra tu pecho, en tu misma cámara me colocaste y en tu panteon encerraste mis restos. Tú le diste á mi madre el pan del alma, y el pan de la gratitud te daré yo. Tu lloraste al cerrar mis ojos, y agua de vida te dará mi amor. Tú fuiste el faro de una madre desolada, y nunca la luz de la verdad dejará de alumbrar tu camino. Ven, yo te guiaré, viajero del infinito, ¡bien venido seas al mundo de los espíritus!

«Y como por encanto dejé de sentir aquella angustia indefinible, oprimí contra mi pecho á un sér que yo no veía, pero que sentia su aliento y sus caricias, y me quedé tranquilo reposando dulcemente en brazos de mi buena obra ¡única obra buena que hice en el trascurso de muchas existencias!»

## V.

«Acompañado de mi invisible guía asistí á la representacion de todos mis actos durante mis pasadas encarnaciones, ví los templos derruidos, cubiertos de hiedra sus altares, ví las congregaciones religiosas convertidas en raíces calcinadas, nada quedaba de los ídolos de piedra ni de los autómatas que movidos por el resorte de la obediencia se postraban ante ellos, ¡todo era polvo! ¡todo! menos un valle cruzado por un arroyuelo! En un pequeño ribazo habia una mujer, un hombre y un niño; la mujer moria con la sonrisa del justo en los labios, el hombre cerraba sus ojos con piedad suprema, y el niño escondia su rubia cabecita en el pecho del buen cristiano. Los últimos rayos del sol poniente iluminaban aquel cuadro lleno de poesía, donde el dolor y la caridad se unieron con un lazo indisoluble para amarse millones y millones de siglos.»

«Ví todas las fases de mi vida, me contemplé sábio, muy sábio, rodeado de envidiosos intrigas, admiré mi bravura cuando fui un gran capitán que llevó á los campos de batalla aguerridas legiones, me miré con lástima cuando me ví con el burdo sayal

del cenovita convertido en irracional inmundo, puesto que vivía en la más repugnante suciedad; cuánta aberración! lamenté tantos siglos perdidos en distintas profesiones sin que mi sentimiento amoroso se despertara, sin que mi corazón latiera dominado por la compasión; ví mis muchas existencias empleadas en comprar mi entrada en el cielo sin que una familia pobre pudiera bendecirme, antes al contrario, los menesterosos y los afligidos decían que yo era avaro y egoísta; y cuando más triste me encontraba contemplando la pequeñez de mi espíritu, sentía en mi cuello la dulce presión de los bracitos del niño, resonando su dulcísima voz en mis oídos, que me decía:—No te entristezcas, el primer paso es el que más cuesta, y tú, ya le has dado; tú distes abrigo á un niño moribundo, y por tí murió tranquila una infeliz, que sin tus palabras de consuelo se hubiera ido de la tierra desesperada. Ya tienes dos seres que te bendigan, escucha, escucha atento, y oirás sus bendiciones. Y efectivamente, me quedé inmóvil, refundí mis sentidos en uno solo y oí voces lejanas que repetían: ¡ Bendito, bendito seas!....»

«¡Qué alegría tan inmensa experimenté en aquellos instantes! ¡qué planes forjó en mi mente para cuando vuelva á la tierra. Seré el amparo de todos los que lloren; si me conceden riquezas, las invertiré en obras benéficas, no quedará un solo gemido cuya repercusión no llegue hasta mí. Si un solo ser que ampare es mi único consuelo, en mi aislamiento y en mi soledad, cuando sean muchos los amparados, entonces, sí, entonces, encontraré el cielo en la tranquilidad de mi conciencia.»

«Mucho más te diría, pero como todo serían variaciones sobre el mismo tema, por la idea dominante que actualmente me preocupa, solo te repetiré que todo cuanto se gasta en ofrendas para los Santos, los Cristos y las Vírgenes es un dinero que á nadie aprovecha; con semejantes sacrificios nada se consigue, siendo también completamente inútiles los ayunos, abstinencias, cilicios, votos de silencio y otras torpezas análogas. El espíritu solo progresa practicando el bien, haciendo suyas las penas de los demás, pensando siempre en mejorar las condiciones de los desgraciados; empleando los tesoros que encierran los templos en útiles mejoras, dotando á las comarcas estériles de canales de riego, atrayendo la benéfica lluvia con nacientes bosques, acortando las distancias por los medios del adelanto que ya se practican en la tierra, trabajando mucho en el acrecentamiento del comercio y desarrollo de diversas industrias, para emplear muchos brazos, lo que hará desaparecer la miseria, y que sólo queden inactivos los ancianos y los enfermos.»

«Creo que debe adorarse á Dios en las minas, en los acueductos, en los distintos talleres en donde la inteligencia humana dá á conocer lo que vale; en los Ateneos, en las Academias, en las Universidades, en las escuelas de instrucción primaria, en todas partes (menos en los templos) es más valioso el homenaje que se ofrece á Dios por que es más útil á la humanidad.»

«Me podrán arguir diciendo que en los templos ha extendido sus alas el arte arquitectónico, escultórico, y pictórico; como así mismo la platería y la joyería; pero este mismo trabajo puede emplearse en establecimientos donde no se estacionen las multitudes adorando figuras de barro y desconociendo en absoluto los verdaderos atributos de Dios.»

«¡Ciencia!.. ¡tú eres la redención del hombre! tus aplicaciones empleadas cuerda-mente harán la felicidad de los pueblos, si enlazada á sus adelantos camina la verdadera caridad, siempre mirando el bienestar del pobre, siempre evitando su embrutecimiento, siempre guiándolo por el sendero de la virtud. He aquí la única religión, he aquí la sola creencia que hará de la humanidad esa gran familia dispuesta á quererse y á ser firme baluarte los unos de los otros.»

«Trabaja como lo haces, pobre solitaria de la tierra, que en tu mismo esfuerzo encontrarás la mejor recompensa.»—Adios.

VI.

Nada nos resta que añadir despues de lo que ha dicho el espíritu. Nacimos libre-pensadores y todas las ceremonias religiosas, y todos los tesoros encerrados en las Iglesias, y todo cuanto hacen los fanáticos vistiendo imágenes, sacándolas en procesion y entonando cánticos por las calles, todo eso nos ha parecido siempre la pérdida de un tiempo precioso y una riqueza muy mal empleada la que se oculta en los tesoros de las catedrales; así es, que nunca nos cansaremos de repetir:

¡Cuánta luz hace falta!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

---

LA CARIDAD.

---

¡Caridad! la más santa y sublime de todas las virtudes; perfumada azucena; rosada flor cuyos pétalos exhala una fragancia que extasia; lira de incomprensibles acordes; armonia deleitosa que embarga todo nuestro sér; bella como el astro de una hermosa mañana de primavera, dulce como el trino del ruiseñor en la enramada, suave como la brisa de la noche. Ancora divina de salvacion que llena de gozo nuestra alma en el momento de practicarla, que una alegría indecible nos rodea en tan solemnes instantes. ¿Habrá en la tierra algun sér que no sienta en lo mas profundo de su corazon un placer inexplicable en el momento de hacer una obra de caridad?

¡Imposible! ningun sér humano por mezquino que sea puede dejar de sentir latir su corazon por la emocion que experimenta al enjugar una lágrima.—Sed buenos y caritativos, y se os abrirá el camino para llegar al cielo.—Por esto dijo Jesús:—Sin caridad, no hay salvacion.—Así pues, vosotros los que poseeis inmensas riquezas acordaos de la verdadera caridad; ayudar en todo cuanto podais al pobre, socorriéndole en sus necesidades; siendo el ángel tutelar del desgraciado, consolándole en sus aflicciones. Pero hacer bien sin ostentacion, y ocultar la mano con que dais una limosna á fin de que nunca,—no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha.

La verdadera caridad no consiste en dar una limosna al pobre necesitado, es preciso además tener caridad de todos nuestros hermanos, tolerando sus debilidades, dándole buenos y prudentes consejos para sobrellevar con paciencia las vicisitudes de la vida. Sin embargo, San Agustin dijo:—Felices los que sufren y los que lloran! que sus almas estén alegres, porque serán premiados por Dios.

¿Qué seria de la humanidad si no hubiera caridad? ¡Hay tantas miserias que consolar! ¡tantas lágrimas que enjugar! ¡Feliz mil veces el que practica la caridad! ¡Bendita seas entre todas las virtudes!

CARMEN BURGOS.

Andujar 6 Noviembre 1886.